



VEINTE AÑOS DESPUÉS

POR JOSÉ SANCHÍS SINISTERRA

Hace ahora veinte años, cuando escribía las últimas líneas de esta obra -con Carmela enseñando a los muchachos de las Brigadas Internacionales a pronunciar los nombres del mapa de su muerte: *Belchite... Aragón... España*-, no podía yo ni imaginar que estas palabras resonarían, con acentos muy diversos, en horizontes tan dispares como Uruguay, Turquía, Suecia, Brasil, México, Alemania, Cuba, Inglaterra, Argentina, Bosnia, Francia, Chile..., y un largo etcétera.

Creía, sinceramente, haber escrito un texto humilde y barato para que mi modesta compañía de aquellos años, El Teatro Fronterizo, recorriera las tierras de España recordando a mis olvidadizos compatriotas que, cincuenta años atrás, en 1936, las fuerzas más oscuras y retrógradas de nuestra sociedad -tan vocingleras aún hoy- habían desencadenado una feroz guerra fratricida, cuyas heridas no habían sido todavía restauradas.

Cuando estos objetivos -tan locales y circunstanciales- empezaron a verse desbordados por la realidad (recuerdo mis reservas ante la primera solicitud de traducción -al francés-, aduciendo que el texto no se entendería fuera de este país), comprendí que el autor es a menudo el que menos sabe de su obra. Y que, en definitiva, son los actores y las actrices quienes, con su cuerpo, su voz, su energía, sus sentimientos..., arraigan los textos en el espacio y en el tiempo, con la atenta complicidad de *sus* espectadores. Son ellos y ellas quienes, habitando y fecundando las frágiles palabras acurrucadas en la página, transformando la tinta en sangre, hacen del teatro un arte sin fronteras. Eternos trashumantes, pertinaces apátridas, contrabandistas de sueños, no respetan los límites políticos, culturales, económicos, lingüísticos..., ni tampoco las severas restricciones del calendario. Sí: hasta del tiempo se burlan.

En estos veinte años transcurridos he tenido ocasión de ver algunas de estas extrañas *transustanciaciones* de Carmela, que parece, efectivamente, no querer *borrarse*, no resignarse al olvido, esa segunda muerte de los muertos... Pero, sin desdoro de otras espléndidas actrices que, tanto en España como fuera de ella -por no hablar de otros tantos magníficos Paulinos-, mi recuerdo preserva nítidamente, debo confesar que la perspectiva de reencontrarme con la Carmela originaria, es decir, con Verónica Forqué, tiene algo de insólito bucle temporal, de acontecimiento mágico. ¿A qué travieso tejedor de destinos debo agradecer tamaño regalo?